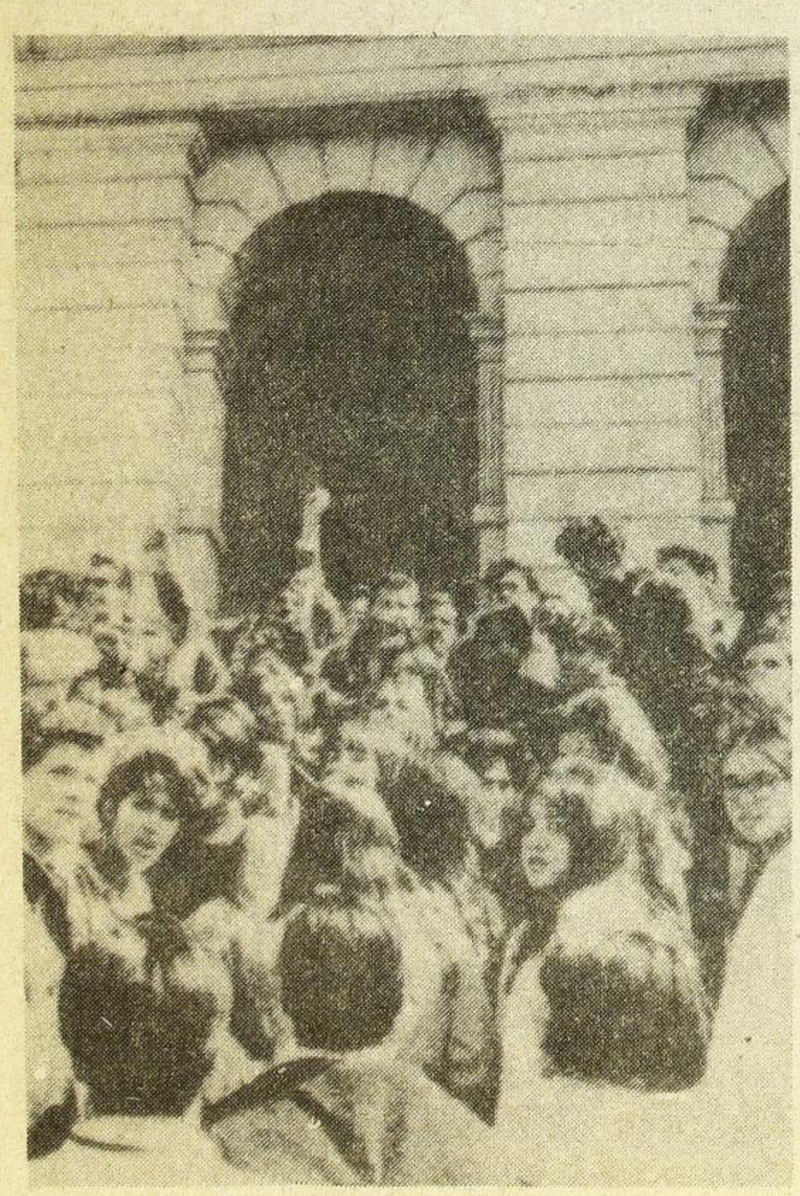
Michelle González*

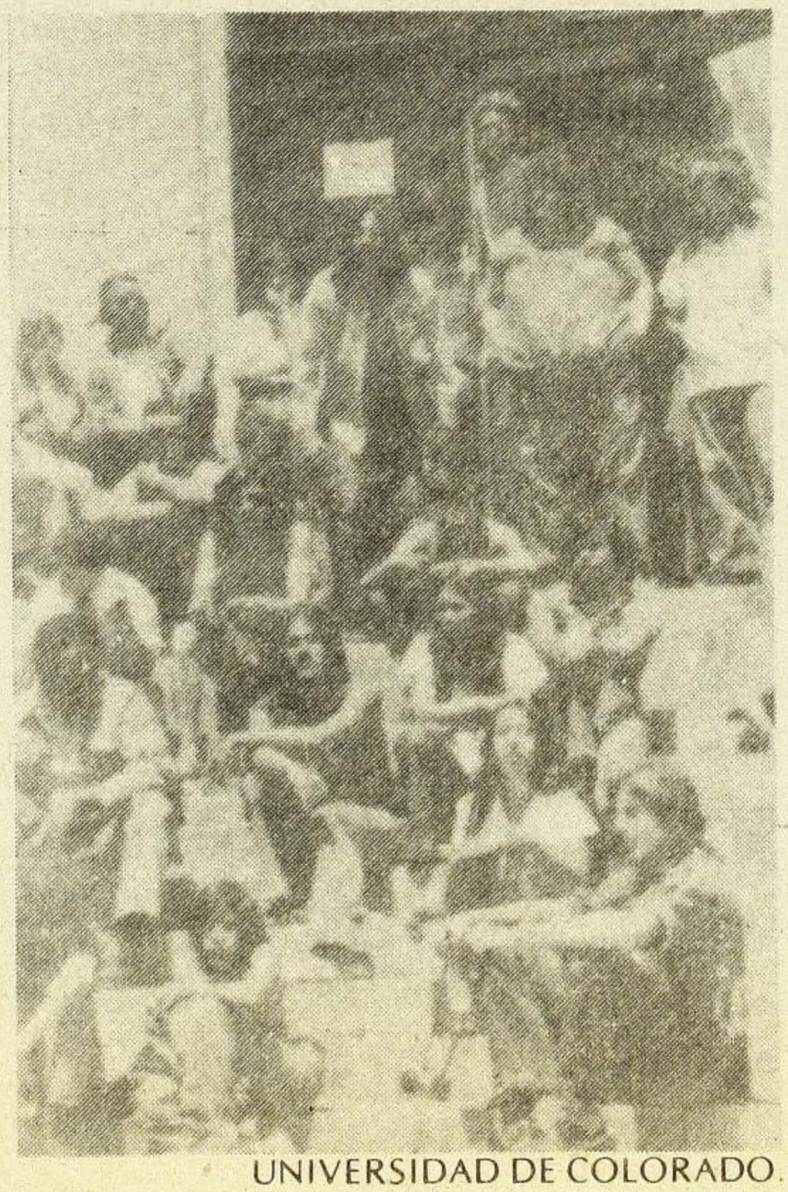
Reflexiones de una estudiante chicana

Aprendí a leer y escribir en el regazo de mi madre. Ella me daba materiales y una atención única que me inspiraba el deseo de aprender. Con el estímulo de mis padres, entré a un mundo que me apartó de ellos, pero que influyó en mí de tal manera que a la vez me aproximó más a ellos. Me refiero a mi experiencia como estudiante chicana. Mi propósito es relatar lo que he visto, aprendido y sentido a través de mis experiencias y a través de las de aquellas chicanas muy próximas a mí.

Para entender la situación actual de las estudiantes chicanas, debemos primero tomar en cuenta la historia inmediata. De nuestras madres no se esperó siquiera que terminaran la secundaria. La creencia era que la mujer debía de casarse y su marido proveería para ella y la familia. Por lo tanto, nuestras madres nunca recibieron ningún estímulo para seguir hacia una educación superior. La tradición, sin embargo, estaba minada por una realidad económica: muchas de nuestras madres buscaron trabajo fuera del hogar como consecuencia de las presiones económicas. Muchas de nuestras familias sintieron los efectos propios del divorcio, aun cuando esta situación no se hubiese presentado realmente, como consecuencia de la doble responsabilidad —el cuidado de los niños y el mantenimiento económico de la familia— que asumían nuestras madres. Las vimos tomar el camino del trabajo en un mercado que les pagaba tres quintas partes de lo que ganaba un hombre. Era inevitable que las actitudes y las expectativas cambiaran. Nuestros padres comenzaron a comprender lo que ya nuestras madres habían comprobado: era necesario plantearse la educación de las hijas al igual que la de los hijos.

La meta de la educación superior para las hijas era, sin embargo, un arma de dos filos porque si bien recibirían una educación, iban a entrar al mismo tiempo en un mundo totalmente ajeno al de la familia, y sin su protección. Esto se veía con aprensión en una cultura que siempre ha dado importancia a la familia. Tal vez nadie sienta con mayor intensidad las presiones entre familia y escuela como el estudiante chicano.





UNIVERSIDAD DE COLORADO

La creencia popular sostiene que la cultura chicana se ha aferrado tercamente a una escala de valores que debilita y se contrapone a la educación de los hijos, en especial de las hijas. No voy a negar que existe sexismo dentro de la cultura, pero que los valores chicanos en general obstruyan el paso hacia el éxito en la educación de los jóvenes es un mito fundado en una pobre comprensión del estudiante chicano.

No hay duda de que la unión familiar tiene un sentido muy fuerte dentro de la cultura chicana, y de que el papel de la mujer dentro de la familia es integral. Esto crea muchos conflictos para la estudiante chicana. Por ejemplo, mientras que las chicanas brillantes son aceptadas en escuelas con prestigio, algunas prefieren rechazar esa oportunidad para no abandonar sus hogares y alterar sus lazos con la familia. La alternativa que se le presenta es asistir a un colegio que quede cerca de la casa y así recibir una educación sin alejarse de la familia.

Otro conflicto es el individualismo. La competencia es la espina dorsal en las escuelas norteamericanas. Es parte de una cultura que tiene sus propios principios y códigos de conducta. Pero para un estudiante que pertenece a una cultura que aprecia el valor de la colectividad y de la familia, hay una repulsión natural hacia valores y expectativas que le son ajenos y que debe conciliar con los propios para poderse adaptar.

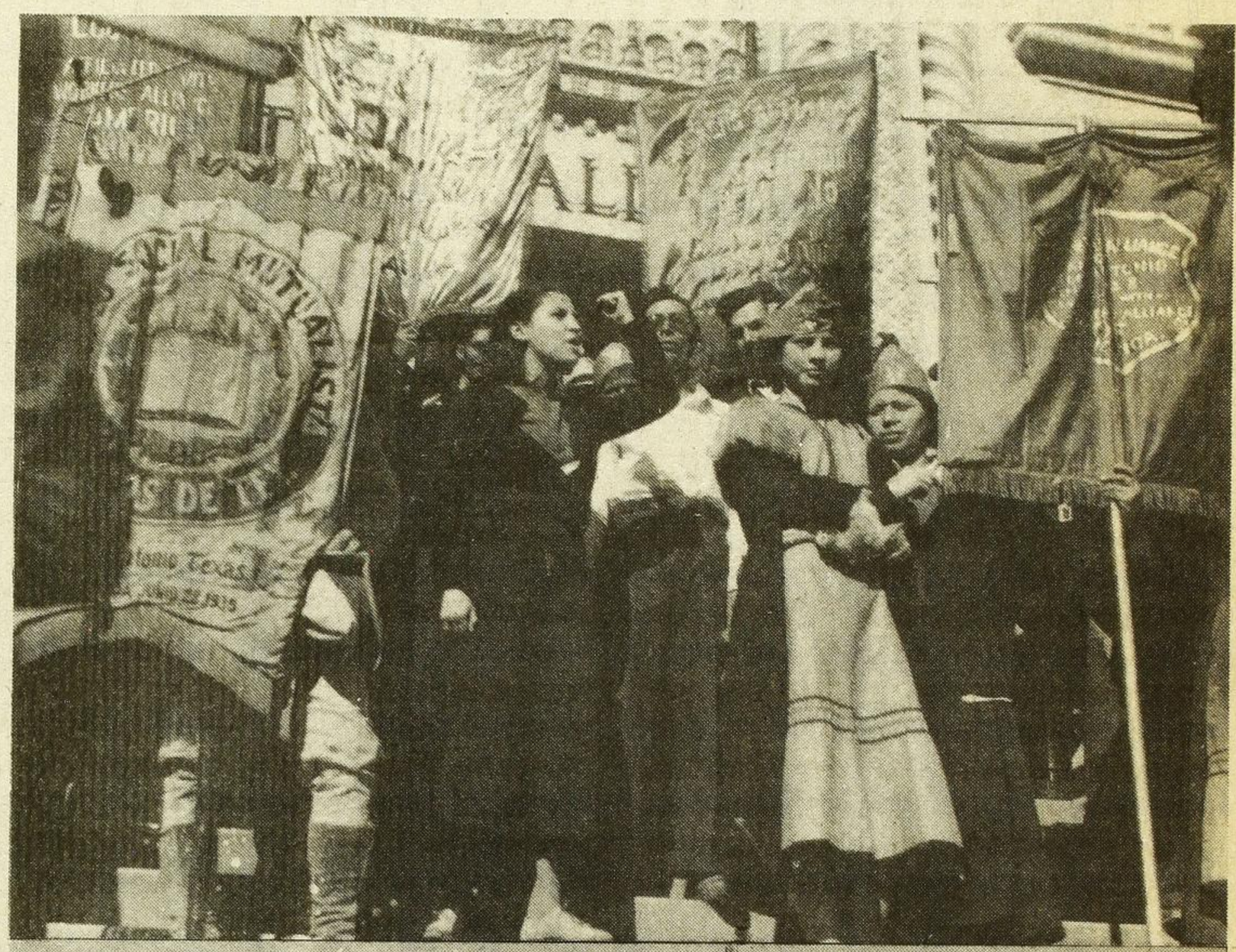
Tal vez el conflicto más doloroso es la sensación de alejarse de la familia, particularmente para el estudiante que debe estudiar lejos de casa. Las relaciones con los padres se complican por los cambios emocionales, psicológicos y mentales que se producen en el estudiante. Hay

una brecha que separa al estudiante de su familia como resultado de estas experiencias diferentes. Es casi imposible para el estudiante relacionarse con su padre y compartir experiencias a las cuales ese padre no ha estado expuesto. Para el estudiante hay una tensión en las comunicaciones con sus padres.

Es ridículo sugerir que la cultura chicana se opone al éxito educativo de los hijos. Es cierto que la escala de valores es diferente y la familia tiene mucho que ver con las aspiraciones educativas de los jóvenes, pero considerar a la cultura chicana como deficiente es ignorar los factores que influyen en las decisiones de los estudiantes chicanos.

La tendencia actual en los Estados Unidos ha sido señalar el fracaso de los estudiantes chicanos y el de los estudiantes de minorías étnicas en general. Es un enfoque que fácilmente renuncia a tomar responsabilidad alguna. Afortunadamente, las estudiantes chicanas hemos desarrollado nuestra propia comprensión y sensibilidad acerca de quiénes somos y cómo hemos triunfado. Nuestro sentido de responsabilidad familiar ha estimulado dentro de nosotras un compromiso con el mejoramiento de nuestra comunidad. Nuestras luchas nos han dado una fuerza inagotable y una visión de verdadera igualdad, y a través de la educación hemos desarrollado la capacidad de canalizar nuestras energías hacia algo constructivo que puede aceptar la sociedad en su conjunto. No nos vemos como deficientes ni como víctimas de las circunstancias; por el contrario, hemos desarrollado una visión más profunda y un mayor aprecio por la cultura que nos dio nuestra fuerza y nuestro calor humano. Hemos aprendido a combinar las instituciones de la escuela y la familia a pesar de las contradicciones. Esta madurez nos ha permitido formarnos una identidad y un sentido de nuestra valía personal que es distinto al de nuestros padres.

*Michelle González, estadunidense, estudiante, de Estudios Americanos en Occidental College, en Los Angeles, California.



Emma Tenayuca, Chicana, encabezando una manifestación de la Alianza de Trabajadores en 1937 en los escalones del Palacio Municipal de San Antonio.

Emma Tenayuca nació en 1916 en San Antonio, Texas. Valiente líder obrera chicana, su compromiso con la justicia la llevó a una actitud militante en contra del hambre, la miseria y el desempleo durante la Gran Depresión. De 1934 a 1948 apoyó casi todas las huelgas que surgieron en la ciudad escribiendo panfletos, visitando hogares de huelguistas y uniéndose a su causa. Su primer contacto con las peticiones de los huelguistas tuvo lugar en la Plaza del Zacate, considerada como la Plaza Trafalgar de San Antonio, donde los socialistas y los anarquistas llegaban a pronunciar sus discursos. Su contacto con trabajadores despedidos la llevó a unirse al Partido Comunista en 1937 y a la Alianza de Trabajadores en 1936, una organización para desempleados (fundada por los socialistas y comunistas), 90 por ciento de los cuales eran limpiadores de nuez y trabajadores agrícolas. La Alianza realizó manifestaciones en demanda de empleos, no de limosnas, y exigió que los trabajadores mexicanos tuvieran el derecho de huelga sin el temor de ser deportados, así como el derecho a un horario de trabajo y salario mínimo. Cuando 12,000 limpiadores de nuez abandonaron las fábricas en 1938, Tenayuca fue elegida unánimemente líder huelguista. Al respecto, opina: "Lo que empezó como un movimiento para organizarse en demanda de una igualdad de salarios, se convirtió en un movimiento de masas contra el hambre, a favor de los derechos civiles y por una ley que reglamentara el salario mínimo, y cambió el carácter de la parte oeste de la ciudad de San Antonio".

Tarjeta postal. 1984. Helaine Victoria Press, Inc.: organización educativa sin fines lucrativos. E.U.A.